Poéticas del horizonte

JARomán

Introducción

Siempre que he establecido una relación entre la pintura y la poesía ha sido la de pintar las emociones que me producía la poesía. En esta ocasión he querido hacer el camino a la inversa, bajo el título de "Poéticas del horizonte" pinté paisajes abstractos en los que se veía un horizonte claro o sugerido. Traté de pintar mi psiquismo y utilicé el horizonte como metáfora del psiquismo, siempre inalcanzable cambiante e inaprensible. Pinté guiándome de mi intuición, de manera impulsiva. Después a partir del título del cuadro y observando éste, dejé fluir palabras en forma de prosa poética que establecía una especie de delirio contenido en torno al horizonte, similar al que tuve cuando pintaba. Se podría decir que intenté poner la pintura en palabras y al concretar hice referencias a los sueños incumplidos, a los recuerdos y al paso inexorable del tiempo, a los silencios y sosiegos necesarios para mi espíritu, al afecto mostrado o recibido y al que no llegó a tiempo, a las soledades que todos experimentamos en algún trayectos de nuestras vidas, a las dichas y malestares, a las frustraciones, fracasos y decepciones, a los momentos dulces, a los tristes y nostálgicos entre otros y a menudo considerando al paisaje y en particular a su horizonte como un ser animado.

JARomán

Agradecimientos

Todo mi agradecimiento a la poeta María Jesús Mingot por sus comentarios y sugerencias tras leer este libro.

El tenue susurro del horizonte

Yo era la tarde de un invierno marcado por el agua. A solas, hablé tanto de la lluvia, que me quedé encerrado en la nostalgia, como si fuera una carta de amor guardada en una mano que en tiempos pasados fuera diosa de las caricias. El sueño del agua se expandía como la humedad de unos labios acostumbrados a besar. El agua inundaba mis ojos pero sonreía ante tanta cegadora belleza. Miré al infinito y percibí el tenue susurro del horizonte cuando derramaba su fervor y sus lágrimas sobre unos hilos de luz que invitaban a quererse despacio, con ternura, desde dentro del invierno, desde dentro del sueño.

Calma silenciosa

Miré a lo lejos y vi un silencio inmenso, un silencio sin nombre, dulce, como de vuelta a casa. Miré al horizonte, se había envuelto en una atmósfera de toalla húmeda. Mojé mi cara con ella y una calma me cubrió como la niebla. Una mezcla de soledad y silencio me habló con una voz que dulcificaba todos los fracasos del día. La dicha dormitó sin anhelos en mí flotando como una nube sin destino.

Sueño incumplido

Aquella noche la luna estuvo envuelta por una nieblilla quejumbrosa que se apretaba sobre un horizonte inventado para permitirme seguir mirando desde la ventana. Pero alguien quiso ahogar la voz del mundo llevándose el sueño hacia el abismo. En él yo volaba en un caballo de agua, colmado de loables propósitos, dibujando la estela del viento, el inocente contorno de los montes o el manto caprichoso de la tierra. Al posarse, un lago blanco se extendía a mis pies y comprendía que el cosmos había nacido para quererme. Si se hubiera cumplido, cuando diera la mano, un trocito de amor se adheriría a la otra mano y la vida nos permitiría volver a volar en su seno.

La ventana sigue siendo mi privilegiado lugar para observar y escuchar el latido de este mundo o para despegar de él mediante las alas de cualquier sueño que anticipe cierta plenitud.

El lánguido lamento de un horizonte

Una noche, mientras el horizonte se iba dibujando, sentí unos labios que aunque hablaban de dejar huella en un cuerpo, huyeron del mío. Un vértigo me creció en el jardín de un recuerdo que nunca tenía prisa. Un lánguido lamento me llegó desde el horizonte. Se había perdido la ocasión de volver a amar, se había desvanecido como el vaho de una boca sobre el cristal, se había disipado como el efímero vuelo de un pajarillo.

No hace falta soñar para amar o ser amado, pero amar o ser amado en un sueño es balsámico. Volví a soñar, abracé la vieja foto y me uní a su contenida ausencia dejándome amarillear como el sol. Escuché el silencio de aquel día, que quería despertar dulce y lentamente y me dejé arropar por mis recuerdos hasta que todo cedió al ocaso.

Acallando el silencio residual de la noche

Una noche, que me había rendido, concluí que no podía acabar muriendo por haber llorado toda una vida. Cerré los ojos y me dejé llevar. Vi un horizonte que trataba de acallar el silencio residual de la noche. Dije a la luna que ese espacio no era suyo. Pinté los campos del color del sol. Me dejé ir en la marea de las nubes para soñar que soy en alguien más. Creí sentir una caricia mientras una voz me hablaba dulcemente de abrazarme. Desde entonces, ese horizonte se ha incrustado en mi retina y escucho y siento, cada noche, que alguien, dando la espalda al mundo, me nombra y besa todas mis heridas.

Presagio inquietante

Un día miré lejos, muy lejos, allá donde la nada, desdeñosa, espera cruzada de brazos. El paisaje tenía dibujado un abandono. Sí, alguien se abandonaba por mí. No decía quien, pero de inmediato sentí un agudo dolor en el pecho y unas ganas irrefrenables de abrazar antes de que todo el mundo se marchara.
Me balanceé en mis recuerdos, indagando, entre las bocas que probé y los nombres que nombré. El puzzle era endiablado, así que volví al paisaje y desde la distancia me recosté en el azul que caía sobre el horizonte a pesar del inquietante presagio de que algo, parecido al destino, estaba también dibujándose sobre él. Si encontrara a alguien que hubiese brotado del dolor podría recogerle en la concavidad de mis manos y resguardarle de ese viento aficionado a soplar candelas.

La onda de un horizonte del pasado

Quise pintar la memoria pero siempre se me disolvía en el agua del cuadro. Intentaba invocar al sol, a la luna y sus reflejos dorados y plateados pero no pude identificar ningún recuerdo.
Alguien me dijo que la memoria también tiene horizonte. Recordé que allí hay textos escritos con palabras de viento y aunque carezcan de veracidad, afortunadamente, dicen alimentarse del secreto de los abrazos, de los besos y de las caricias, una intimidad, que llega en su onda como la mansedumbre de la luz al atardecer. Ese horizonte de la memoria podría ser la línea de flotación del buque donde se alojan los sueños. Allí se van construyendo, poco a poco, entrelazándose con los recuerdos, preparando su regreso en el tiempo sin estar en el tiempo.

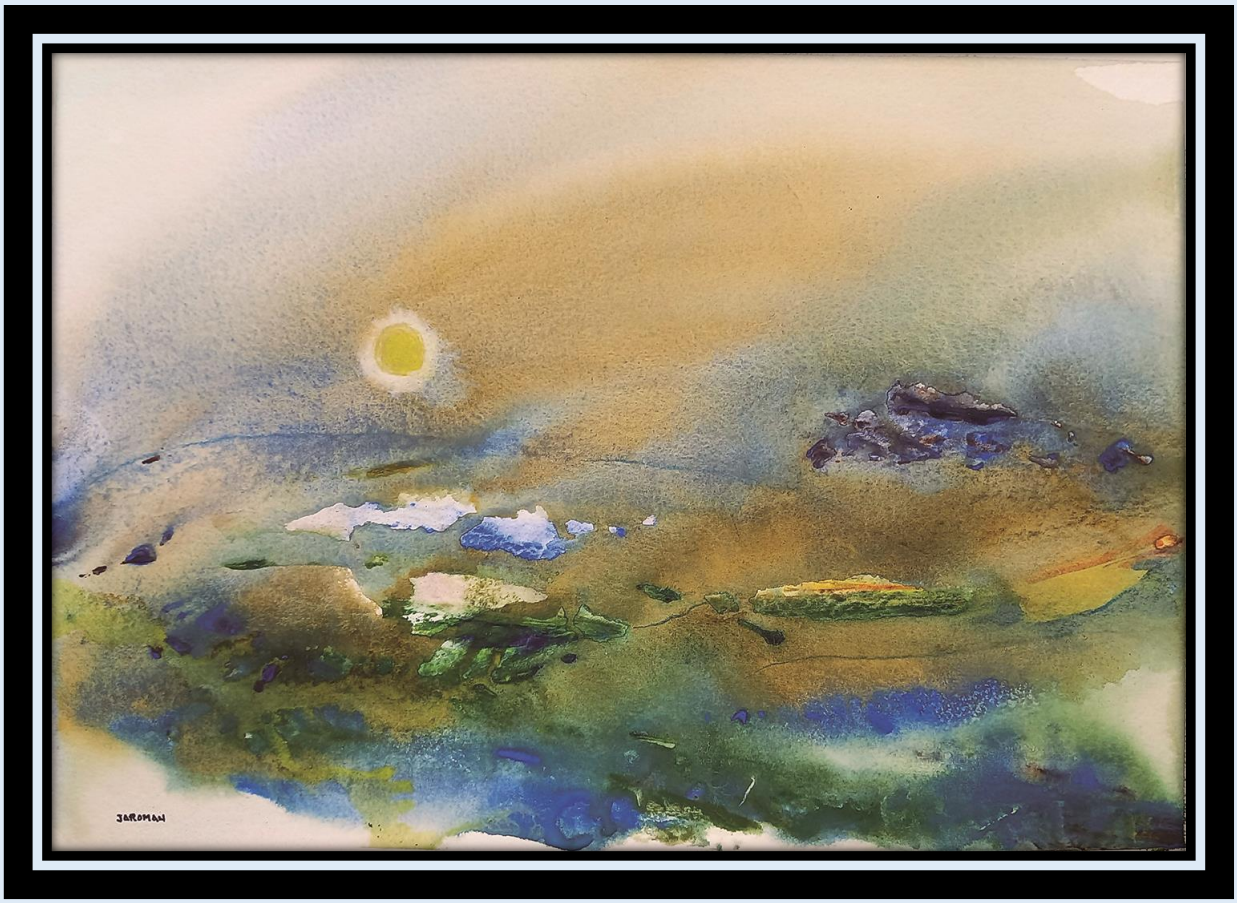
La enérgica queja del pasado

El pasado, a veces, tiene los ojos vendados y no puede reconocer el camino hacia el alma. Lo cotidiano cierra su puerta, incluso la camufla y deja que las viejas pasiones queden encerradas macerándose. Los recuerdos sienten la derrota, se quejan y gritan como si descubrieran su claustrofobia. La presión es tan alta que el corazón se encoge. Un día quise pintarla y mi mano desobedeció, se llenó de sangre y sus venas quisieron salir de la piel. El horizonte enrojeció y dejó de hablar mi idioma.

Un horizonte tocando al silencio

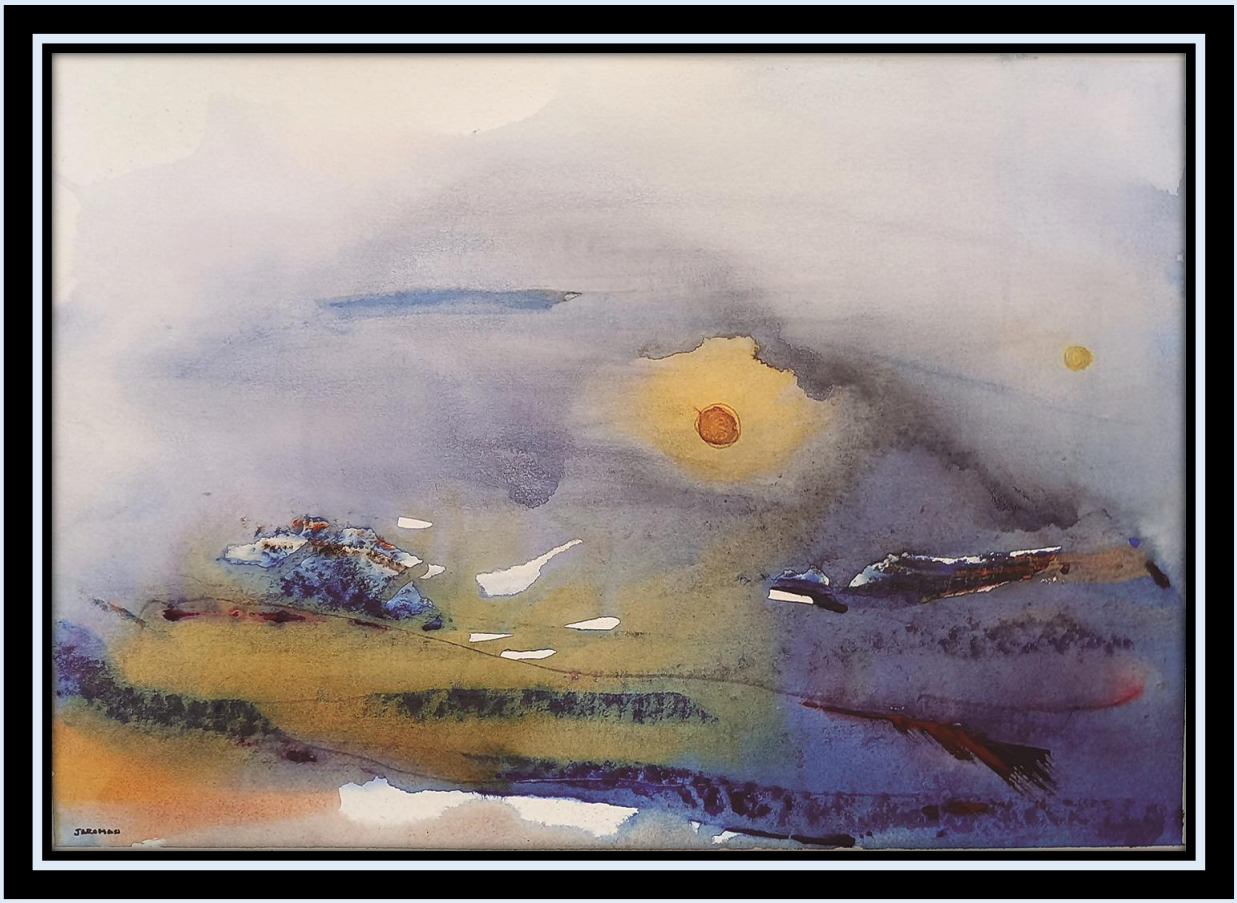
Miro lejos y voy copiando el azul del horizonte en mi frente. Inspecciono mi interior y no hallo ni un grito, tan sólo la casi nada de un cuento de la infancia. No puedo pretender encontrar, en esta ruidosa vida, un silencio que hable de mí. Miro con temor, de nuevo, al frente y leo en el horizonte que aún existo fuera de las palabras, que aún puedo verme, en ese paisaje, tras la gasa de la distancia, que, aunque el sosiego del paraje robe el color al sol, yo espero, allí, cada día, que amanezca de nuevo.

Imagino que el silencio, que una vez me perteneció, toca mi frente. Me acuesto sobre él como si lo hiciera sobre el mar y empiezo a contar los sueños con los dedos de una mano. La otra roza mi frente como si acariciara las cuerdas de una guitarra y yo, entonces, me siento un pentagrama de la vida.



Un día confuso con su horizonte

No todos los días son claros y luminosos. A veces, piden perdón dibujando un paisaje donde el viento y los campos se sienten confusos y no logran pactar un horizonte. Yo, sin poder detener el tiempo, lanzo el deseo de que la noche no sea infinita y no amarilleé como el aire de los hospitales. Intento buscar una sombra de verano y una guarida de invierno. Dejo de tener prisa, cruzo la hilera de mis años y busco la luz del pasado. Sería buscar a quien me sigue amando. Si le encontrara le diría "no te quedes a verme llorar pues te ahogarás conmigo". Quizás me diría que, siendo un otoño, aún le queda amor sin marchitar, que aún se siente camino para mis caricias, que aún conoce mi mano y los sueños que en ella albergaba. Sonrío y dejo que ese sedimento caiga sobre el inacabado horizonte.



Las inquietas sombras de un horizonte

Sé que la noche no se lleva bien con el sol. A veces, éste, impide construir su luna. Yo no sé, entonces, dónde situar el horizonte. Las sombras, aunque sean tímidas, te van cercando y no dejan ver los límites de lo que se ha convertido la vida. Sólo me quedaba pintar mi deseo en ellas, que, inquietas, esperan la tarde para enmudecer los campos y sumergirme en un sueño errante. Sombras como las ausencias que, inconsolables, se enganchan, a duras penas, al rescoldo amarillento del otoño. Quiero pintar pero la luz envejece y facilita la llegada de la ola nocturna.
Sin un horizonte que me salga al paso, renuncio al paisaje y me busco en las palabras, las limpio de tinieblas antes de escribirme y me cuento que aún espero que alguien me nombre y deje su rastro de amor en cada palabra que diga como si fuera una semilla que pudiera germinar en mí.

El horizonte también sueña

Alguien dijo que soy un horizonte, siempre cambiante e inalcanzable, es decir una utopía. Un horizonte que no se siente a gusto con su sol y su luna, Un horizonte al que le crece una fuente en vez de tallos. Un horizonte que incluso tiene miedo de su esplendor.
Me quedé triste dentro de un abrigo recién comprado, que tenía su etiqueta bordada sobre mi carne. Si ahora alguien soltara una carcajada me sentiría aliviado, aunque no es cosa de risa que el sol no salga dentro de mí y la luz no pueda alcanzarme.
Quizás soñándome desde un cielo esperanzado, quizás soñándome desde una mañana que bebiera de mi boca, quizás soñándome allí donde el amor tenga su nido, quizás inventándome a alguien a mi lado, quizás imaginándome mañanas juntos y sus manos dentro de las mías, quizás imaginándola echada sobre mi horizonte, observando cómo las dudas y los miedos se elevaban como nubes que fueran susurrando mi nombre. Quizás así sería cuando pudiera pintar mi mejor cuadro.

El horizonte del tiempo

Mi tiempo intenta tener un horizonte pero éste no sabe situarse en el tiempo. En él hay aguaceros que semiocultan la luna porque quieren ofrecer pleitesía al dios sol, hay lugares donde vagar despreocupadamente, hay lugares donde sepultar los años después de un naufragio.
En ese paisaje seguiré esperando los amarillos del otoño, seguiré esperando palabras cariñosas, seguiré esperando que alguien me abrace aunque sea desde una fotografía, seguiré esperando que los nubarrones que acechan a mi memoria descarguen su mierda y dejen limpios mi recuerdos, seguiré esperando que mis vivencias sigan pasando de boca en boca sin que nadie se las trague como si fuera un sumidero, seguiré acostumbrándome a envejecer y vivir la paciencia como cuando de niño vivía mis amaneceres. A pesar de que la vida es un arma de doble filo seguiré esperando, en ese horizonte del tiempo, a las personas que me ofrezcan una línea que una sus heridas con las mías.

El envolvente cántico del horizonte

Alguien me dijo que hay horizontes de agua cuyos vapores y espumas emiten cánticos que, sin ayuda del viento, vuelan o flotan alrededor del sol y la tierra como si constituyeran sus alientos.
Estaría bien que la lluvia bajara a lavarnos y nos dejara en el alma el cántico de sus gotas aunque me pudieran sonar a desdén. Sí, hay cierta indiferencia por sentarse conmigo para hablar de la vida, pero esa música podría abrirme la puerta del jardín de la humanidad, donde su tierra, en complicidad con la lluvia, permitiría emerger deseos y engendrar afectos. Esa música derramada sobre el horizonte podría permitirme escuchar arpegios que creía aletargados y me cargaría de valor para introducir mi mano en esa melodía y dejarme envolver por ella como si fuera la vieja niebla del mundo.

La música navegando por su horizonte

¿A qué suena este horizonte? Escucho una música que vuela sobre él, una canción que alguien ensaya durante todo el día. Me canta que no tiene prisa por conocerme, que tiene muchos inviernos para esperarme. Y es que, aunque yo no lo sepa, hay alguien que sonríe y, al mismo tiempo, suelta alguna lágrima, alguien cuyo corazón se estira, alguna diosa de la luna, venida a menos, que se baña en la mañana y me invita a su lado, alguien que me canta que está llena de mí aunque teme perderse en mí, alguien que se siente bien flotando en mi inmensidad y que alguna vez se rompe contra mí como una ola. Todo eso ocurre y yo, estúpido de mí, lo ignoro.
He de prestar atención a este horizonte aunque no sepa muy bien a que suena. He de buscar, nuevamente esa música como un recién nacido su fuente lechosa. Quizás baste con dejarme llevar, a la deriva, sobre el mar de los recuerdos.

La tristeza anida en el horizonte

Tengo un paisaje que no sabe dónde hallar mi mano, un paisaje deslucido por huraño, un paisaje apenado porque no sabe qué hacer con el agua que ha heredado del silencio, un paisaje mustio porque nadie le habla.
¿Para qué quiero un paisaje si la tristeza anida en su horizonte? Quizás para recordarme que alguien calla cuando me echa de menos, quizás para tener en cuenta que el tiempo, a veces, pasa sin nada que mostrarnos, quizás para conocer que la vida es un camino por el que se huye pero también se vuelve, quizás para decirme, a solas, que alguien se marchó hace tiempo de mí y aún no ha vuelto a encontrarme, quizás para confirmar que si alguien dejó de besarme fue porque no le permití escribir sus versos en mi boca, quizás para tener en cuenta que jamás habrá reposo vagando por la soledad o quizás para que me imagine otra forma de mirar a los ojos.

El horizonte espera conocer su esencia

Hay paisajes que dudan de su identidad. Hay paisajes en los que nadie ha hecho camino. Hay paisajes que envejecen sin saber que han vivido. Hay paisajes a los que el sol les da la espalda. Hay paisajes que nadie se atreve a pintarlos. Hay paisajes sin alma. Hay paisajes en los que empieza a hacer frío cuando nadie viene. Hay paisajes en los que no te atreves a respirar para que nada cambie de sitio. Hay paisajes en el que se forma una oquedad cuando alguien deja de hablarle.
En sus horizontes espero conocer su esencia para responderme ciertas preguntas fugitivas que podrían hacerme mejor.

Horizonte convulso

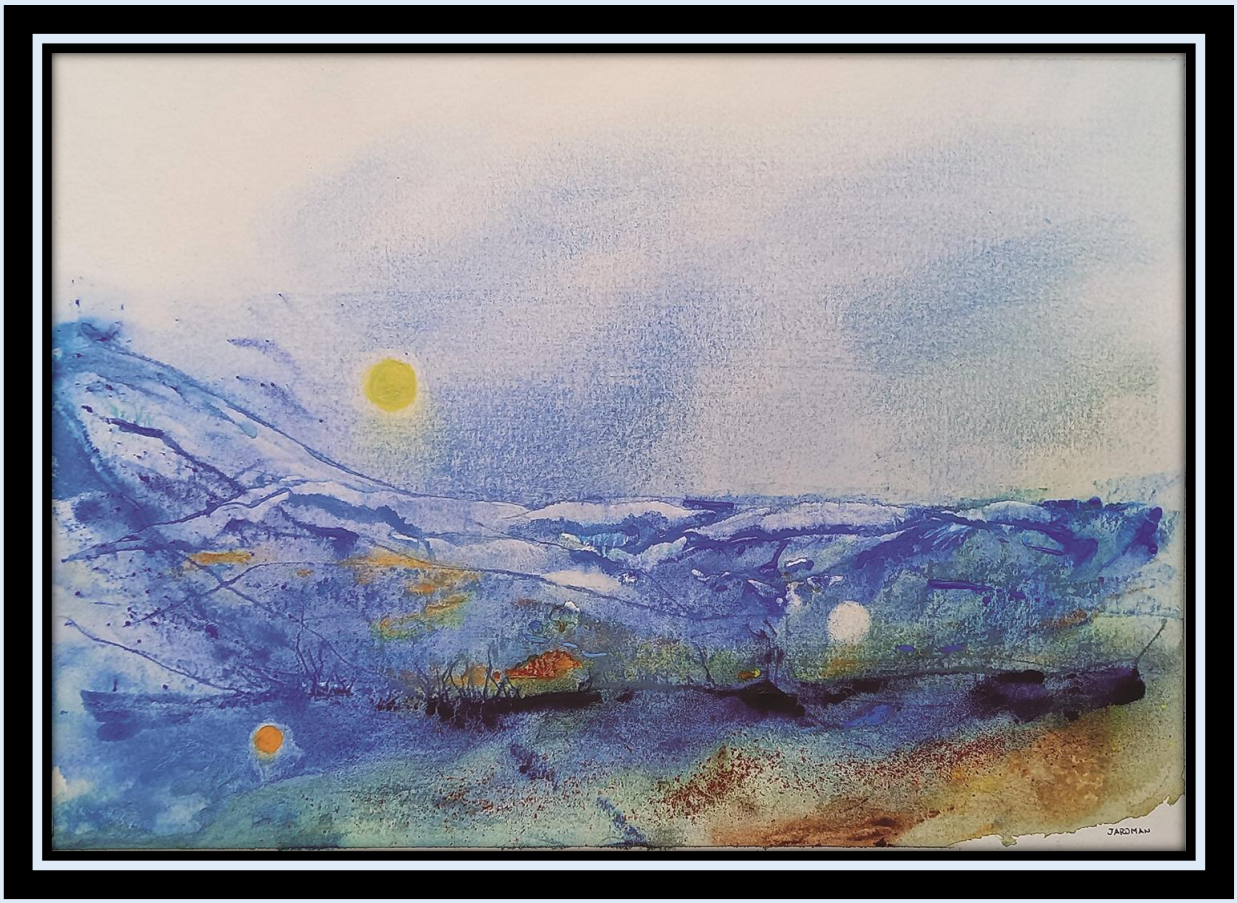
Las huellas van y vienen mientras me detengo ante el crepúsculo y dejo que el horizonte me mire de reojo. Le devuelvo, tímidamente, la mirada y le noto inquieto. Le propongo intercambiar sueños pero sigue haciéndome muecas con ese aire viciado de impostura detrás del que se ha ocultado. Sigo callado sin saber, aún, qué podría caberme de su silencio. Se revuelve turbio como si aún no conociera su destino. Tengo paciencia, le digo sin mucha convicción. Espero largamente a que se aclare pero sigue convulso. Me duele no encontrarle limpio y en calma. El tiempo corre más que él, más que su inquietud. El cielo sigue de color amargo. Se mira en mis ojos pero no sabe reconocerse. Intento captar su atención pero ya es otro horizonte el que me mira. Cierro los ojos para no verme en él. Un frío inusitado recorre toda mi espalda.

La inquietud se enreda en el paisaje del alma

Hay un horizonte al que le faltan cosas. Hay cierta inquietud que huele a ausencia y se enreda en el paisaje del alma. Hay una angustia eterna que oculta al propio horizonte. Me enredo en ese juego de luces y sombras como si desconociera los posibles arpegios que podrían darse sobre las teclas de un viejo piano. Las sombras me interrogan y sólo se me ocurre encogerme de hombros. Finalmente me crece la sospecha de que este paisaje "desgalabazado" me está sirviendo de espejo. Me inquieto, me busco en mi propio silencio y, asustado, corro descalzo hacia un poniente que no sabe cómo deshacerse del sol.

La dimensión horizontal de la soledad

Sin salir de mí, me asomé a la lejanía. Noté la dimensión horizontal de la soledad. Desprendía un fuerte silencio. Pareciera sacado del ocaso. La tarde siguió pasando dejándose escuchar a lo lejos mientras que la noche se iba acercando. Parecía tener ganas de contarme, a solas, el secreto de la luz ante las sombras, del por qué de la ausencia de caricias, de la ausencia de algo para cubrirse, de la inquietud más honda, de las inesperadas despedidas. Era una forma de inducirme inquietud lentamente y sin tregua.
A pesar de todo me gusta este horizonte. Quisiera incendiarle con mis besos, subir su nombre a una nube, llamarle a gritos y que, desde allí, me respondiera con un vívido aguacero.



Silencio invernal

Hace frío. Me lo está diciendo una tímida luna acudiendo a su cita con mesura. Esos blancuzcos destellos de nieve aburrida refuerzan el sentido de la frialdad del momento. Me asusta ese monólogo favorecido por mi silencio. Mi silencio y sus silencios serán testigos hasta que el tiempo se agote. La insobornable nieve será su piel hasta que la primavera lo desnude. Espejos para un torpe sol que se rinde a la evidencia. Confirmación de que los dioses esquivan la estación del frío. Siempre ceden.

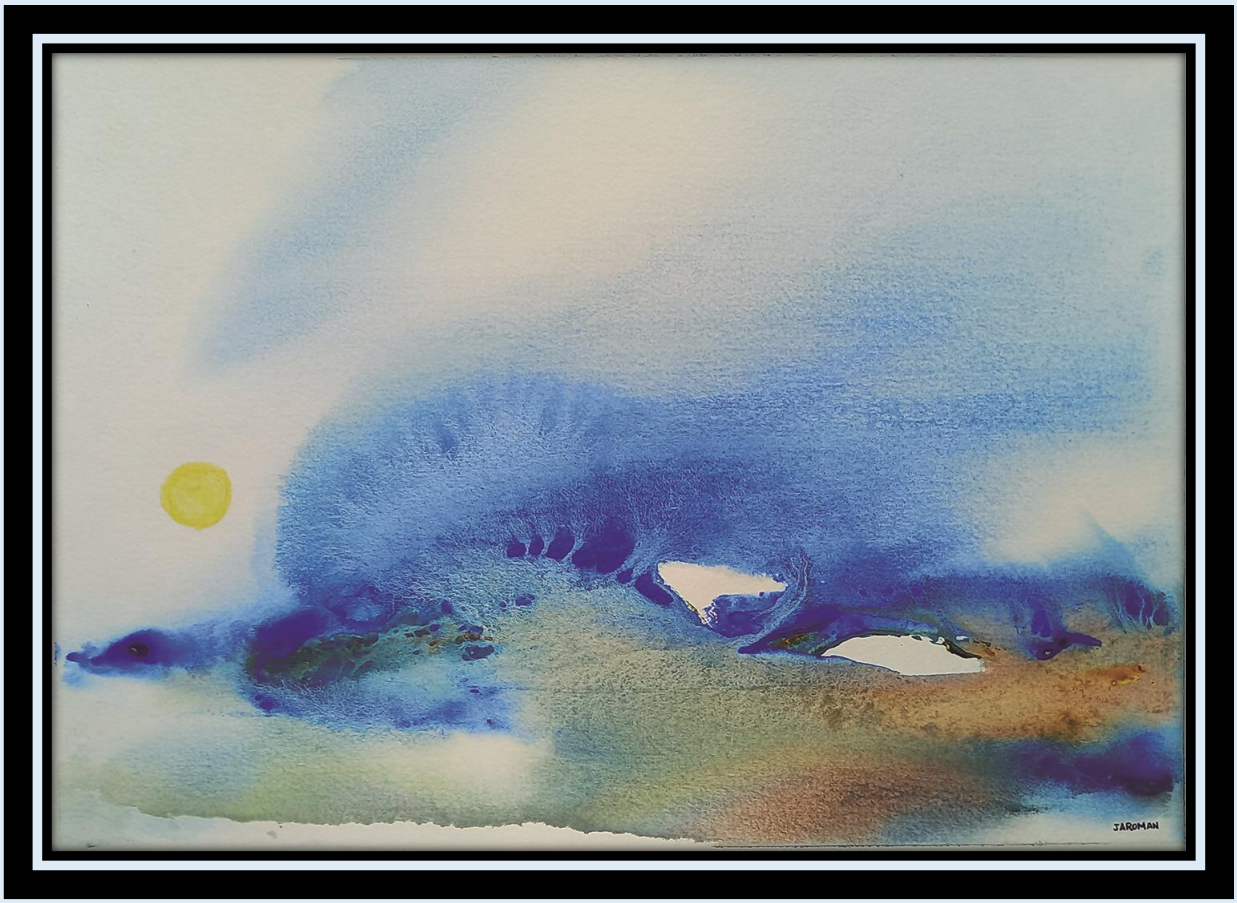
Me siento extremadamente incómodo. Mediante un tic nervioso me enrosco una bufanda al cuello tapándome la boca, doy media vuelta y me alejo con la sensación de no haber estado a la altura.

El tiempo suspendido en el horizonte

Esta vez es el viento quien dibuja un horizonte que me mira triste. Veo que los azules se inclinan y mi alma sigue su compás. Ya no es azul el tiempo y eso hace sentirme solo, como si estuviera en un lugar del alma para solitarios. El tiempo se para pero eso no debe impedir que un sueño cumpla su promesa. Que el tiempo se detenga no implica amnesia, no implica que todas las llamas se apaguen. El tiempo no sabe cómo seguir pero yo he de agarrarme a cualquier sueño errante.
Nadie me dice que nada puede hacerse pero siento que nada puedo hacer, sólo mirar la luz, hacer un simulacro de sorda conversación para que siga conmigo y entre ambos dejar suspendido el tiempo sobre el horizonte. Es el sueño al que he podido asirme.

La intensa persistencia del silencio

Miro profundamente dentro de mí. Veo un paraje que vomita una tarde de intenso azul sobre su horizonte. Un sol y una luna mirándose de soslayo. Un paisaje que los coloca donde el amor no tiene dueño. Tierra, agua y la luz abrazándose a ambos. No hay encuentros ni despedidas. Prohibición absoluta de movimiento. Sonidos sin dimensión, susurros. Sospechas de que la tierra está sollozando.
Doy un grito irresponsable y espero inútilmente su eco. Bostezo ruidosamente y nada, todo se mantiene sin sumarle o restarle algo al tiempo. Me vuelvo del revés como un calcetín y me encaro conmigo mismo permaneciendo en silencio, como si las palabras hubieran huido de la memoria. No comprendo la persistencia de ese silencio. No hay dolor, ni pérdida reciente. Supongo que es otro modo de sentirme vano.



La azulada memoria del horizonte

Un día quise conversar con los ausentes. Me construí un paraje deshabitado donde podía vagar a ciegas, donde las huellas podían hacer de puentes con el presente, donde el horizonte dejaba a un lado la mañana sabedor de que acaparaba toda su luz y la irradiaba como un abanico anacarado. Pero enseguida me hizo saber que no era un buen lugar para el recuerdo. Toda su memoria era un azul que se cerraba sobre sí mismo como una caracola, de las que permanecen siempre sin abrir. Había un horizonte cansado, algo arrinconado. Un cierto sosiego dormitaba plácidamente. Escuché conversaciones intrascendentes y vi sombras que se bamboleaban alrededor de mí. Esperé a que me llegara algún sonido identificable, que me alcanzara, al menos, alguna fragancia reconocible, pero nada me llegó que pudiera reconstruir un nombre. Dialogar con un ausente nunca fue sencillo pero allí se hacía casi inalcanzable. Quizás haya que ir más allá de ese paraje, más allá del azul de la memoria y dejarse alumbrar más por el tiempo que por el sol. Quizás he elegido mal el lugar de la cita.

Horizonte del sosiego

No hay nada mejor que un espacio plano para asumir que las preguntas sin respuesta quedan encapsuladas en el sosiego de una tarde, cuando el sol está a punto de tocar la tierra en un horizonte que habla de soledad. No hay respuestas, nada sucede, ni siquiera un presentimiento. El sigilo y la calma conviviendo con un horizonte mal acostumbrado, mecido por una brisa inerte en el azul de la noche que ha de llegar. En esta tarde es muy fácil perder la memoria, olvidar las preguntas y recuperar la tonta sonrisa de la infancia.

La insistente marea del recuerdo

Callé lo que eché de menos y lo perdí en una larga memoria horizontal que va y viene como una marea sin cauces. El tiempo también es alargado. Los años se van pero hay recuerdos que resisten o no saben irse. Son recuerdos de largo recorrido, no duelen. En el cielo sin huellas, ni rastro de un arañazo. Espuma de azules y blancos buscando un principio y un final que jamás caben en el recuerdo. Las olas no rompen, buscan a alguien que ya se rompió y se van sin nada que poseer. Albergue líquido, que desafía a la quietud horizontal de las miradas que en su día hablaron, soporte acuoso para algún nombre que ya no puede escucharse, fluido para ahogar reproches que los habitantes del tiempo ya dejaron marchitarse.
La cabeza puede perderse, el olvido puede hacerse un sitio en ella, pero la piel también tiene memoria y el recuerdo ahí queda intacto, no sabe de fechas y ni calendarios. De ahí la importancia de las caricias.

El horizonte de la noche

Hubo sol en aquel paisaje pero lentamente cedió su puesto a una luna que dudaba de qué lugar del horizonte debía ocupar. Finalmente se situó en la raíz de mi mirada y con aire inocente bostezó como si indicara que por esa oquedad se iniciaría la noche. El horizonte buscó el plateado influjo lunar para no perder su identidad, para no desvanecerse. Busqué, sin saber qué, en la sombra de las cosas. Busqué algún misterio en lugares ocultos creyendo que allí cabría el mundo. No era el momento de volar para emular al águila. Los ojos no servían. Quizás buscaba algún alma que supiera hacer retornar a la luz, alguien que impugnara las tinieblas, alguien que mirara con gratitud a la luna, alguien que supiera de viejas soledades, alguien, en la orilla de los recuerdos que aún no hayan dado flor pero que tengan fe en su horizonte.
Perdí todo rastro. Una sinfonía de rumores nocturnos eran los únicos candidatos a ser portadores de esperanza.

El cielo espera su horizonte

Este cielo es muy paciente, desnuda lentamente al ocaso, alarga la mano para situar a la luna en plena noche o despliega su sábana de lluvia para limpiar la mañana. Siento como va palpando la tierra para asegurarse un sueño horizontal bajo una luna displicente. Me siento junto a él en mi insomnio, cuento los lunares de la noche mientras alguien me susurra, nombrando la frontera de la luz. Le escucho contar cómo se mantiene en el aire pese a ser un nómada de los vientos. Le escucho decir que en el regazo de la tierra, debajo del horizonte, se recogen las cenizas de las almas condenadas a no volar. Le escucho contar los pesares como si fueran mercancías. Y escuchando se me escapa el día.
Cuando la nueva luz nos empieza a hacer compañía, el discreto paisaje deja su modorra, sale de la tierra, deja crecer pétalos para cubrir con ellos al horizonte prometido y permite que las penas se vuelvan tan transparentes como las alas de una libélula.

El horizonte habla de la lentitud del día

El día es largo como una serpiente inacabada. El paisaje da la espalda a las tristezas ocultando todas las formas volantes que oscurecían el cielo. Yo me acomodo, algo inquieto, sobre el horizonte para hacerme tan largo como el día y así éste pueda medirse desde los pies hasta mi boca. Entonces mi voz comienza a ser humana, digo palabras que flotan como nubes inexpertas. La tierra, bajo mi cuerpo, se acopla a mi voz y habla del día que ha llegado sin prisas, habla de su longitud y de otras dimensiones interminables. El cielo abre sus alas y se deja decorar por un sol que se pinta de amarillo y una luna que aún clarea como el agua que en ocasiones lava la tierra. Todo es largo y lento, como una columna vertebral que nadie detiene.

El horizonte oculta su secreto

Me dijeron que el horizonte es un ser sensible. Se sabe inalcanzable. De ahí su dolor. Mira de reojo a la luna, no porque desconfíe, sino por pudor. La raíz de la tierra le cuenta secretos ancestrales. Se afana por aprender a abrazarla. Al saber que le observo se cierra como un acordeón para ocultar las confidencias terrestres. Me uno al cielo y le envuelvo como a un bebé tras el baño. Soy cómplice de su turbación al hacer emerger su misterio. Le acaricio con mi mirada y ese leve roce es una verdadera invitación a mis sueños. Me dice al oído que el afecto no puede ser objeto de limosna, que no es adicto a lloros y quejas, que el reproche es un papel arrugado, que el amor de otoño, como el vino, es tan fiable como el del tiempo de los bebés, que no tema a los enviados de los sueños.
Comenzamos a amarnos en el lecho de la tierra y con el aire y el agua pintamos nuestro secreto en el cielo.

Tratando de olvidar pesares

En él late el misterio de una unión, la de una tierra y un cielo que a veces se ignoran y no se reconocen. El cielo pesa y el horizonte aguanta la presión. El azul oscuro aprieta pero los campos verdecen despojándose de las sombras que el miedo proyectó con su último rayo. Déjame estar en ti, le digo, mientras pensamos cómo transformar el mundo. A pesar de mi penosa manera de mentir, el horizonte se acomoda a la mañana y como si lo hiciera un humano, trata de que sus pesares se encapsulen en su alma. Se sabe huérfano de caricias, desnudo de sueños, frontera entre extraños. Consternado, lo intenta de nuevo, mediando, acercando a dos desconocidos condenados a convivir sobre esa línea libre de sospechas. Sigue preocupado por dos recelos. Le queda la esperanza de que sus lunas y sus soles floten y perduren como si fueran fragmentos del mismo sueño.
Espera aprender algo de los humanos pero no encuentra más que residuos de otros pesares, malestares que no se disipan conversando, miradas incompletas que hacen daño, rupturas sin rescoldo y soledades dándose la espalda. Me sigo ofreciendo como semilla a ser germinada por cualquiera de los sueños que suelen quedarse sobre mi almohada.

El horizonte desparrama su sosiego

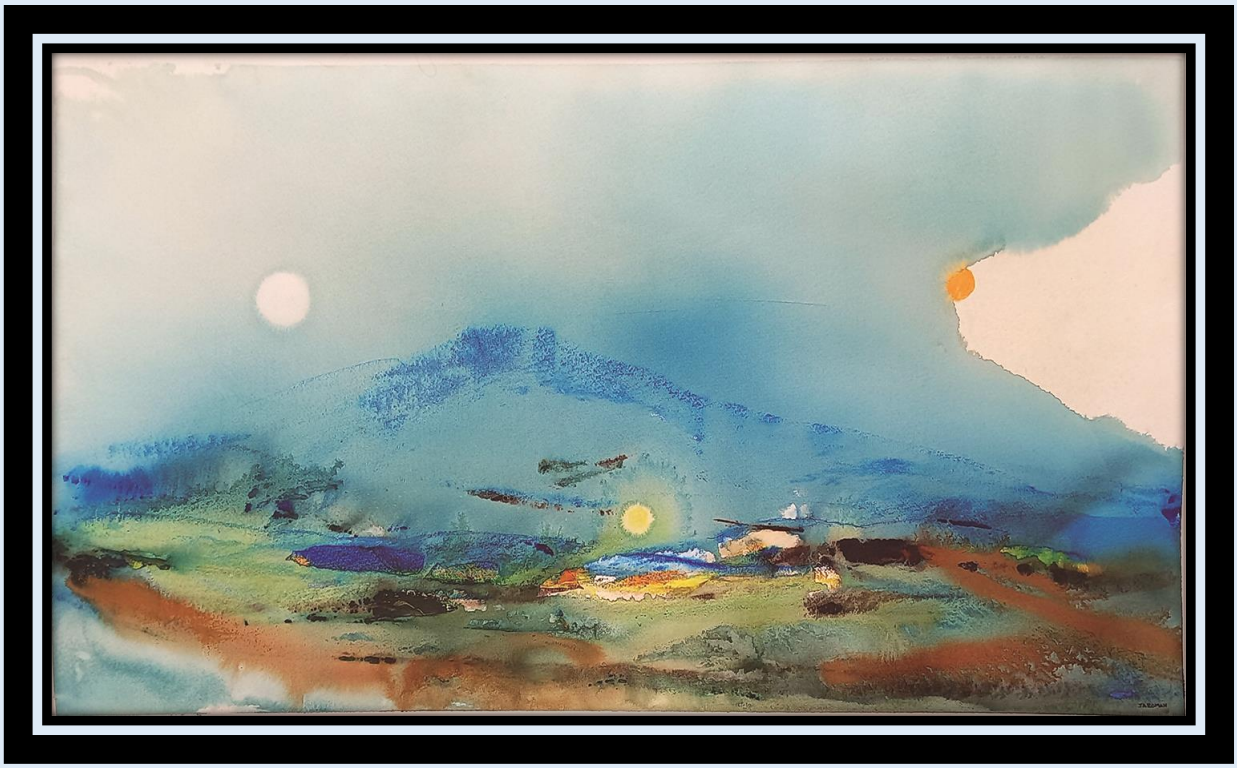
La noche comienza a construir su perfil colocando la luna a ras del suelo para señalar la frontera entre el cielo y la tierra. El diurno trabajo del sol causa el cansancio de una tierra que empieza a desmoronarse. La lluvia deja esparcido un olor en la tierra, el de los que son víctimas de una amnesia, el de los que cargan con la deuda de ser recordados, fragancia de los lentamente olvidados.
Silencio y sosiego desparramados por la tarde. Un buen escenario para los sueños que no llegan a cumplirse. Uno de mis recuerdos cae mansamente sobre el horizonte y la marea celeste redibuja la orilla de mis sueños. En su sosiego, me enfrento cuerpo a cuerpo con otros recuerdos que se ponen de pie y se posan cuidadosamente en la vecindad de lo soñado.

El horizonte dialoga con su alma

En el inmortal silencio de la intemperie anidan los conflictos que dejaron huella. Las heridas del alma se curan hablando o germinando ensoñaciones. Soñé un paraje empapado de penas que jamás se rendían. Me sentí un dios velando por los asuntos de la tierra. Propuse a los cielos que se conmovieran llevando sus vientos en la dirección de la vida, que cedieran su aliento a una tierra que no sabe si pararse o seguir rotando a tontas y a locas. Propuse que ofrecieran agua al atardecer para que la tierra bebiera. Todo se ablandaría, el cielo y la tierra se fusionarían en los charcos y el horizonte sabría de qué hablar con su alma.

Nostalgia de un viejo amanecer

Dos corazones latían en mi pecho pugnando por ser el que me hiciera sentir bien. Miré lejos y en la distancia respiré con el mismo aliento que el horizonte. Me cobijé en él y noté que allí también se echaba en falta algún sueño que no hubiese caducado. La luna y su blancura dejaron de mostrase. Pude recuperar un sueño que siempre me besaba de amarillo, tomando el color del nuevo sol y que escribía mi nombre sobre la superficie de las aguas. Sintiéndome aludido pensé en otros nombres, otros hijos del tiempo, con los que hablaba a través de la mirada, a los que ofrecí mi hombro para las confidencias y a los que perdí en alguna noche sin luna.
Pareciera que el paisaje, que crecía delante de mí, escuchara mis pensamientos porque para complacerme puso en marcha un viejo amanecer que siempre guardaba en algún secreto lugar.



Cada alma acomodándose a su horizonte

Alguien me dijo que cada alma tiene un horizonte donde se borran todos los significados, aunque, al mismo tiempo, éste concentre todas las armonías terrestres que pudieran caber en un buen escuchante. Me fui desprendiendo, paulatinamente, de cada una de mis almas pero llegaron otras verdes y azules. Tuve que inventar un cielo y una tierra, un sol y una luna para pintar un espacio donde cada alma se dejara caer sobre su propio horizonte, almas que brotaran como plantas de amor, almas condenadas a crecer en silencio, almas que siguieran mis pasos, almas que nunca dejaran de hablar de mí.
Continué pintando cómo lo celestial y lo terrenal se enlazaban, los mares volaban y las nubes bajaban como si fueran párpados cerrándose en sus ojos.

La voluptuosa voluntad del horizonte

A veces pienso que alguien me ha robado la gravedad. Por eso floto sin necesidad de alas. La tierra alarga su mano hasta alcanzarme, me atrapa, abre los cielos y me hace bajar, raudo, hasta el umbral del horizonte. Una nube preñada de agua envuelve a la luna para inutilizarla, El sol se hace más grande y el horizonte se crece, roba la eternidad a la noche y repentinamente me hallo en la linde de un sueño tan grande como un océano.

Calma melodiosa

Un cielo eterno, como un pantano donde la luna puede bañarse, deja caer agua sobre el lomo de unos montes tímidos y lejanos que parecen cerrar sus párpados y querer dormir en sus dominios. El silencio es tal que impide respirar. La quietud pinta el paisaje de suave lentitud. Al sol no le queda sitio aunque se acomoda en la distancia y enrojece para llamar la atención, pero todo queda bajo el manto del silencio. Es un sueño en el que la calma se muestra sobre una fina melodía que el horizonte desprende sin darse cuenta.

La lenta sinfonía de una meditación

Escuchaba un viento sosegado que circulaba por mi alma y decidí que esa sería mi voz. Hablé al cielo sobre un tiempo que careció de luna. Como respuesta escuché un cuchicheo armonioso. Me hallé en paz y quise vivir plenamente esa calma.
Imaginé un horizonte brumoso y azulado, cuyo tímido sol descendía del azul como una música que se desentendía del tiempo. Era una melodía amorosa, un sonido casi de plegaria. Más cerca, unas florecillas menudeaban una sencilla e inapreciable percusión. Comencé a escuchar voces doradas que eran el reverso del cantico de los grillos. La lenta sinfonía musitaba un enigma que no intenté ni quise desvelar. Me acerqué al musgo mojado por las nieblillas y me susurraron que el futuro no importa y el pasado ya no tiene remedio. Seguí errante por ese espacio imaginado que se parece a un infinito incapaz de detenerse a mi lado. Volé junto al susurro, junto a la brisa que viene y va al compás de mi mirada. Música y sueño, calma y sosiego atravesando mi alma.

Un murmullo recorre el horizonte

Hay un lugar en mi alma para volar, hay un espacio que suena a caracola, hay un hueco para que se citen los pájaros y se cuenten secretos sobre el vuelo. Hay un lugar donde acuden el día y la noche simultáneamente con varias lunas y varios soles que hablan del tiempo. Hay un lugar para la música que produce cualquier viaje por la memoria. No admito palabras heridas de muerte, sólo al viento no impetuoso que arrastra un verso tras otro construyendo un poema en soledad. Puede que sea la memoria de un tiempo fugitivo, que huye y se refugia en mí como un niño asustado, pero ahí permanezco, intentando escuchar ese murmullo que a veces recorre el horizonte de mi alma.

La alargada sombra del viento sobre el horizonte

Hay algo difuso en el recuerdo, algo desvaído, quizás remodelado por el tiempo, algún tipo de engaño inconsciente que el viento disemina por el alma formando un paisaje de la memoria. Allí se desarrollan amores de luna, pasiones agarradas al sol, recuerdos vencidos por el tiempo, a veces dañados, a veces revividos. El viento del tiempo inclina el pasado a ficciones salvadas como verdades. Todo se aplana alargándose por el horizonte que contempla cómo el cántico enloquecido de los pájaros es conducido por el viento del pasado. Todo se desgasta, los cadáveres del tiempo recobran su vida para hacerse fantasmas de la noche y hacer invisibles otros pasados. Busquemos en ese perfil horizontal alguna pieza, alguna medalla en cuyo reverso haya un nombre y una fecha, el nombre de cualquiera de nosotros, los que seguimos habitando esos recuerdos y la fecha de la muerte de un tiempo que fue nuestro.

Indice

Introducción	pag. 3
El tenue susurro del horizonte	pag. 5
Calma silenciosa	pag. 6
Sueño incumplido	pag 7
El lánguido lamento del horizonte	pag. 8
Acallando el silencio residual de la noche	pag. 9
Presagio inquietante	pag. 10
La onda de un horizonte del pasado	pag. 11
La enérgica queja del pasado	pag. 12
Un horizonte tocando al silencio	pag. 13
Un día confuso con su horizonte	pag. 14
Las inquietas sombras de un horizonte	pag. 15
El horizonte también sueña	pag. 16
El horizonte del tiempo	pag. 17
El envolvente cántico del horizonte	pag. 18
La música navegando por su horizonte	pag. 19
La tristeza anida en el horizonte	pag. 20
El horizonte espera conocer su esencia	pag. 21
Horizonte convulso	pag. 22
La inquietud se enreda en el paisaje del alma	pag. 23
La dimensión horizontal de la soledad	pag. 24
Silencio invernal	pag. 25
El tiempo suspendido en el horizonte	pag. 26
La intensa persistencia del silencio	pag. 27
La azulada memoria del horizonte	pag. 28
Horizonte del sosiego	pag. 29
La insistente marea del recuerdo	pag. 30
El horizonte de la noche	pag. 31
El cielo espera su horizonte	pag. 32

El horizonte habla dela lentitud del día pag. 33
El horizonte oculta su secreto pag. 34
Tratando de olvidar pesares pag. 35
El horizonte desparrama su sosiego pag. 36
El horizonte dialoga con su alma pag. 37
Nostalgia de un viejo amanecer pag. 38
Cada alma acomodándose a su horizonte pag. 39
La voluptuosa voluntad del horizonte pag. 40
Calma melodiosa pag. 41
La lenta sinfonía de una meditación pag 42
Un murmullo recorre el horizonte pag. 43
La alargada sombra del viento sobre el horizonte pag. 44

Pintura y prosa poética, un delirio plástico y poético, pintura hecha palabras entrelazadas con referencias al recuerdo, al tiempo, al silencio, al sosiego, al amor, a la soledad y a los sueños, entre otros.

"...Una nube preñada de agua envuelve a la luna para inutilizarla. El sol se hace más grande y el horizonte se crece, roba la eternidad a la noche y repentinamente me hallo en la linde de un sueño tan grande como un océano."